

Recordar y no olvidar. La construcción de una memoria antirrepublicana en el franquismo catalán

Francesc Vilanova

Centre d'Estudis sobre el Franquisme i la Democràcia (UAB)

Fundació Carles Pi i Sunyer

Resumen: En febrero de 1939 las fuerzas de Franco resultaron victoriosas. La consecuencia de este acontecimiento fue el despliegue de los ideales de Franco en Cataluña, pero no se trató sólo de una política de destrucción de las instituciones catalanas y republicanas de los años treinta, sino que también fue una represión política, laboral, cultural y lingüística. El lema «Ha llegado España» escondía muchos aspectos, como la aparición de una nueva intelectualidad que había crecido y se había consolidado en los medios de comunicación. Este grupo fue responsable de la propagación de dos ideas importantes en la sociedad catalana. La primera era explicar «qué era lo nuevo», que se refería a las propuestas del franquismo en su momento fascista. La segunda era más compleja y diversa: se utilizaría para construir una memoria franquista catalana del pasado republicano catalanista. Este trabajo fue desarrollado en 1939, pero también entre 1946 y 1948, por periodistas, escritores y analistas de los más importantes medios de comunicación catalanes, *La Vanguardia Española* y *Destino*. Su objetivo era revisar el pasado reciente para entender la catástrofe del presente y culpar a los catalanes y sus cómplices, las masas revolucionarias.

Palabras clave: Luis Martínez de Galinsoga, *La Vanguardia Española*, *Destino*, Ignacio Agustí, Manuel Brunet, burguesía de izquierdas, Barcelona, memoria histórica, Antonio Martínez Tomás, Fernando Valls Taberner, Guerra Fría, José Giral, Tito, ONU, exilio republicano, Charles Maurras, Georges Bidault, Alcide de Gasperi, Segunda República, 6 de Octubre.

Abstract: In February 1939, Franco's forces were victorious. The consequence of this event was the deployment of Franco's ideals in Catalonia. But this was not only a policy of destruction of the Catalan and Republican institutions of the 30s, but also a political, labor, cultural and linguistic repre-

ssion. The slogan «Ha llegado España» («Spain has arrived») hid many aspects, such as the appearance of a new intelligentsia, grown and consolidated in the mass media. This group was responsible for the spread of two important ideas in Catalan society. The first one was to explain «what the new is», which referred to the proposals of Franquism in its fascists' time. And the second one was more complex and diverse: it would be used to build a Franquist Catalan memory of the Republican Catalanist past. This job was developed in 1939 but also from 1946 to 1948 by journalists, writers and analysts from the most important Catalan mass media, *La Vanguardia Española* and *Destino*. Their goal was to review all the recent past in order to understand the catastrophe of the present, and blame the Catalans and their accomplices, the revolutionary masses.

Keywords: Luis Martínez de Galinsoga, *La Vanguardia Española*, *Destino*, Ignacio Agustí, Manuel Brunet, left-wing bourgeois, Barcelona, historical memory, Antonio Martínez Tomás, Fernando Valls Taberner, Cold War, José Giral, Tito, United Nations, Republican exile, Charles Maurras, Georges Bidault, Alcide de Gasperi, Spanish Second Republic, 6th October.

«Recordemos. Recordemos. Recordemos (...) Que en el recuerdo está la mejor defensa contra las blandengues o malintencionadas interpretaciones de la realidad presente, contra todos los derrotismos y contra todas las especulaciones infames de una larvada traición contra España. Recordemos el abismo de abyección y de ruina a que llegó Barcelona y del que nos sacó Franco, y no habrá un solo barcelonés bien nacido que no eleve su corazón sobre todas las pequeñas pasiones y su fortaleza de espíritu sobre todas las adversidades de tipo material circundantes, que no bendiga el nombre de Franco y, por lo tanto, que no se apreste para rendir al Caudillo, en la ocasión inmediata que se ofrece, el homenaje de su gratitud irrevocable».

(«Deuda de gratitud al Caudillo. La transfiguración de Barcelona», *La Vanguardia Española*, 24 de enero de 1942).

Recordar, celebrar, construir una memoria propia a partir de unos discursos políticos que, satisfecha la parte más propagandística y doctrinal, tenían que servir para tejer el vestido de la legitimidad histórica, moral, de la dictadura franquista, en contraposición a otras épocas de la historia contemporánea española. Condenar la República, a los republicanos, los izquierdistas, los comunistas, anarquistas, etcétera, era una operación relativamente sencilla que se daba por descontada; de hecho, era algo inherente a la sublevación. Ahora bien, una vez expul-

sados los enemigos de la *Nueva España* a las tinieblas exteriores, ¿qué otras tareas memorialísticas debían llevarse a cabo? Evidentemente, enlazar con el glorioso pasado imperial, desde los Reyes Católicos a Felipe II; también debían dedicarse esfuerzos y recursos a la construcción del mito del Caudillo; el despliegue de un nuevo calendario festivo y conmemorativo en el que el comienzo de todo se focalizaba en el 18 de julio, y también había que *hacer* la historia de los últimos cuarenta años de España, desde los albores del siglo hasta el Año de la Victoria. *Hacerla, elaborarla, escribirla*, explicarla. La historia reciente era un asunto político de primera magnitud, demasiado importante para dejarla en manos presuntamente académicas. La memoria histórica de lo acontecido era un asunto de Estado, de sus amos y servidores y, por supuesto, de sus intelectuales orgánicos¹.

¿Y en Cataluña? He aquí una pregunta que requiere una respuesta matizada; una pregunta que no tiene una respuesta fácil, ni simple. En la Cataluña franquista de los años cuarenta no existía un único discurso ni una única memoria. La cuestión no era tan simple. Cierto que la columna vertebral de la memoria franquista —lo que podríamos considerar la memoria ortodoxa y oficial, elaborada a partir de unos discursos perfectamente encauzados y pautados— estaba presente en el territorio; de manera evidente, había acompañado al «Ha llegado España» que se desplegó justo tras la ocupación militar de enero-febrero de 1939, en la fase final de la guerra². Pero otra cosa muy distinta es hasta qué punto esta memoria oficial —que podemos centrar en Luis de Galinsoga, *La Vanguardia Española* y los colabora-

¹ Para una visión de conjunto, actualizada, remito al lector a CUESTA, J.: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008; sin olvidar, evidentemente, AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008.

² Tras la sonora y severa consigna «Ha llegado España» —inmortalizada en un cartel propagandístico que fue profusamente repartido por el territorio catalán— se escondían las consignas, instrucciones, directrices y criterios que el aparato franquista había preparado a conciencia para que las provincias catalanas recuperasen «el honor de ser gobernadas en pie de igualdad con sus hermanas del resto de España» (según consta en el texto de supresión del Estatuto de Autonomía catalán de abril de 1938). Para llevar a cabo un programa tan complejo, el poder franquista contaba con su propio personal y también con los «catalanes españoles» que ya veían la hora de saldar cuentas con el catalanismo separatista, las izquierdas y la revolución. Se han barajado algunos datos acerca de este «Ha llegado España» en el libro de VILANOVA, F.: *Una burguesía sense ànima. El franquisme i la traïció catalana*, Barcelona, Empúries, 2010.

dores ajenos al país que trajo el director del periódico—³ incidió, de forma eficaz, no en el conjunto de la población, sino en las clases medias, los grupos burgueses ilustrados, que todavía tenían arrestos para leer la prensa, los semanarios y los libros que la dictadura permitía circular.

No fue en los medios más profundamente implicados en el despliegue del franquismo en Cataluña —caso de *La Vanguardia Española* o el grupo falangista de *Solidaridad Nacional*— donde se elaboraron y difundieron los discursos más interesantes y más cercanos a una memoria histórica creíble de lo ocurrido que se correspondiese con la sensibilidad vital de los sectores conservadores catalanes que habían vivido en directo la República, la revolución y la guerra. Dichos discursos se fraguaron en el semanario *Destino* y fue el resultado de la mezcla y la destilación de unos discursos previos que recogían la compleja experiencia de unas derechas catalanas de amplio espectro, con un largo recorrido político-intelectual que, a parte de asumir los principales postulados del «Ha llegado España» del franquismo, también tenían la intención de salvar lo que se pudiera del amplio legado ideológico-cultural de la derecha catalana (y catalanista) anterior a 1936, siempre, claro está, en clave integrista y/o conservadora y españolista, es decir, compatible con un toque regional catalán⁴.

³ En una curiosa pero muy interesante operación, Luis de Galinsoga apostó por implantar en Cataluña lo que podríamos llamar el núcleo intelectual-propagandístico madrileño. Para ello, día tras día, o en cualquier celebración del nuevo calendario franquista (desde el Día del Caudillo a la «liberación» de Barcelona, pasando por el 18 de julio o el 1 de abril), asomaban por las páginas de *La Vanguardia Española* las plumas más insignes del momento: Eugenio Montes, Joaquín Arrarás, Melchor Fernández Almagro, Francisco de Cossío, José M. Pemán, Manuel Machado, J. Díaz de Villegas, etcétera. A pesar de insistir en este tipo de estrategias, durante los veinte años que dirigió el periódico, en el terreno de crear un foco intelectual puramente franquista en un territorio hostil como Cataluña, Galinsoga fracasó estrepitosamente.

⁴ Sobre el «encaje» e hipotético desarrollo de un regionalismo catalán en el marco del proyecto franquista, véanse las reflexiones del profesor SAZ, I.: *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2002, e íd.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174.

Expiar los pecados del pasado: una memoria demasiado escasa para una ciudad olvidadiza

Una lectura pausada de la literatura galinsogiana de los años cuarenta⁵ nos permite llegar a una conclusión bastante incontrovertible: Galinsoga no pretendió nunca construir un discurso histórico mínimamente elaborado acerca del pasado republicano. Su objetivo era, simplemente, la destrucción sistemática, diaria y despiadada de la memoria histórica republicana y catalanista, y su sustitución por una dosis masiva de consignas franquistas, advertencias, insultos y amenazas. Galinsoga era hombre de «memoria corta», por decirlo de alguna manera. Sin embargo, la «memoria corta» debía llenarse de contenidos, aunque fuesen muy elementales y simples, y a ello se dedicó los veinte años que estuvo al frente del principal periódico de Barcelona.

¿Qué exigía, en relación con el pasado republicano, catalanista, revolucionario, etcétera? Básicamente, la asunción de los pecados cometidos y la penitencia correspondiente, que pasaría por la obligación de sustituir un pasado nefasto por el reconocimiento de un presente glorioso y la seguridad de gozar de un futuro resplandeciente. Ni más,

⁵ Luis Martínez de Galinsoga (1891-1967) dirigió *La Vanguardia Española* entre mayo de 1939 y febrero de 1960, procedente de la dirección sevillana de *ABC*. Franquista puro y duro, anticatalán radical, coautor de una celebrada hagiografía del Caudillo (*Centinelas de Occidente*), entendió que su misión en Barcelona debía ser vigilar, advertir, reñir, amenazar y coaccionar a una sociedad, la catalana, que siempre estaría bajo la sombra de la sospecha de no ser suficientemente —ni sinceramente— franquista. En sus series de artículos *Los hombres y los días*, *Tono español*, etcétera —algunos firmados y otros muchos no— y en los editoriales del periódico, Galinsoga destacó por un estilo periodístico deleznable, un tono de prepotencia notable y una profunda carga de resentimiento, mala fe, antipatía, etcétera, hacia el conjunto del país. Ni tan siquiera fue popular o gozó de grandes amistades en la Barcelona franquista. Complementaba su sueldo en *La Vanguardia Española* con la retribución económica que le correspondía como delegado especial del Estado en la Zona Franca barcelonesa. No disponemos, todavía, de un estudio monográfico sobre el personaje y su «literatura político-periodística», pero la profesora M. Josepa Gallofré ha avanzado algunas ideas sugerentes en sus trabajos. Véanse GALLOFRÉ, M. J.: «El nou periodisme: Luis de Galinsoga», en RÍQUER, B. DE (dir.): *Història, Política, Societat, Cultura dels Països Catalans*, vol. 10, *La llarga postguerra*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1998, pp. 144-145, e ÍD.: «Un nou llenguatge», en *Les ruptures de l'any 1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat-Fundació Carles Pi i Sunyer, 2000. Para su llegada al periódico véase HUERTAS, J. M.: *Una història de La Vanguardia*, Barcelona, Angle Editorial, 2007.

ni menos. Dejaba la revisión y la relectura del pasado a algunos de los colaboradores catalanes del periódico —caso de Ferrán/Fernando Valls Taberner⁶ y Josep/José M. Tallada—⁷ o a las plumas invitadas de Madrid, como Melchor Fernández Almagro, José M. Pemán, etcétera.

Galinsoga y *La Vanguardia Española*, con la colaboración y participación de los medios barceloneses —con la matizada excepción de *Destino*, como podremos ver más adelante—⁸, focalizaron la campa-

⁶ VALLS TABERNER, F.: «La falsa ruta», *La Vanguardia Española*, 15 de febrero de 1939. Un ataque demoledor a la burguesía regionalista —de la que Valls formó parte hasta 1936—, que habría sido cómplice de la deriva separatista del catalanismo, incluyendo el conservador. La distinción entre Fernando y Ferrán —al igual que en el caso de Tallada— no es simplemente el fruto de una imposición del franquismo; hay, en el caso de estos personajes provenientes del regionalismo catalán, una elección de la identidad político-lingüística: la traducción del catalán al castellano era, más allá de la obligación impuesta por la dictadura españolista-franquista, una forma de expresar el abandono voluntario de cualquier resto de identidad catalanista para abrazar el nacionalismo españolista más radical inherente a la dictadura. La conocida anécdota en la que Valls oficializó el cambio de identidad lingüística personal va mucho más allá de la opción individual, es una declaración pública de renuncia al pasado político, cultural, lingüístico e, incluso, cívico de quien lo protagoniza: a la pocas semanas de terminar la guerra en Cataluña, Valls Taberner se cruzó con su íntimo amigo de juventud Manuel Reventós, a quien no había visto desde antes de la guerra. Reventós se le acercó y le saludó con un «Hola Ferrán!». El aludido contestó: «Me llamo Fernando» (REVENTÓS, J., y REVENTÓS, J.: *Dos infants i la guerra*, Barcelona, Club Editor, 1978, p. 206).

⁷ TALLADA, J. M.: «Revisión de conductas. La inconsciencia de la burguesía», *La Vanguardia Española*, 8 de marzo de 1939. Una durísima crítica a una cierta burguesía catalana y republicana que «inconscientemente» habría abierto las puertas a la revolución y al desastre.

⁸ La proyección pública de la nueva intelectualidad franquista catalana no se llevó a cabo mediante las plataformas habituales y conocidas en otros países europeos: las cátedras universitarias, los libros y editoriales, las revistas especializadas o los centros de investigación. En los años cuarenta, el apoyo material y estructural, el lugar donde expresarse ante una sociedad que había perdido sus referentes políticos, culturales e intelectuales dominantes en el primer tercio del siglo XX, fueron dos medios de comunicación muy concretos: *La Vanguardia Española*, propiedad de la familia Godó y periódico de la burguesía y clases medias por excelencia, y el semanario *Destino*, nacido en la Territorial Catalana de Falange, en Burgos, en 1937, y ya en Barcelona, a partir de 1940, en manos de José Vergés e Ignacio Agustí, que la convirtieron en una empresa privada que, sin olvidar sus orígenes falangistas, la llevaron por el camino de convertirse en el mejor producto cultural-político-intelectual del franquismo catalán de la larga posguerra. De ahí que cualquier intento de rastrear los trabajos de los intelectuales del franquismo catalán de estos años lleve, de forma inevitable, a estas fuentes hemerográficas. Lamentablemente, a excepción de Ignacio Agustí y Carlos Sentís, ningún otro de los principales autores (Juan Ramón Masoliver, Luis de Galinsoga, Manuel Brunet, Santiago Nadal, Jaime Ruiz Manent, etcétera) ha dejado unas memorias escritas de estos años.

ña de condena del pasado y el «deber de recordar» en un punto relativamente sencillo de entender: la sociedad catalana debía someterse —de manera voluntaria o no— a una dinámica de «expiación colectiva» por los pecados del pasado, las tentaciones materialistas del presente y por la falta de confianza en el futuro. En marzo de 1941, *La Vanguardia Española* puso el dedo en la llaga de la «necesidad/obligación» de expiar, y lo hizo con un titular contundente: «Barcelona purifica sus calles en una imponente manifestación expiatoria de fe católica». Y añadía una explicación diáfana: «El alcalde accidental de Barcelona, en su consagración de la ciudad al Cristo de Lepanto, calificó certeramente de expiación por la culpas colectivas, los sufrimientos colectivos también e individuales que Barcelona arrostró». José Ribas Seva, el alcalde accidental aquel 24 de marzo de 1941, era un «camisa vieja», uno de los escasos referentes públicos del minúsculo falangismo local anterior a 1936⁹. Era el típico representante del nuevo *establishment* político, en el que la identidad falangista de origen se había diluido en el magma identitario de un franquismo que acogía diferentes sensibilidades y matices. Ello había favorecido que un falangista de «primera hora» encajase con toda naturalidad en el escenario de una de las ceremonias más prominentes del nacionalcatolicismo de posguerra.

Volviendo al acto de marzo, las valoraciones de un portavoz tan calificado en la Barcelona franquista como era *La Vanguardia Española* no podían engañar a nadie: al abandonar el camino de la religión única y verdadera, España —y, evidentemente, Cataluña— se ganó «los castigos del Cielo» «en forma de revolución y de guerra». Sin embargo, el pueblo había aprendido la lección; por ello, «tienen mucho de desagravio y de purificación estas manifestaciones del arrepentimiento y del dolor contrito de un pueblo que sabe sacar fecunda moraleja de sus propios dolores y estimulante levadura para que en su espíritu se acrezca la semilla de la fe cristiana». Y el «propósito de enmienda» que se adivinaba en el arrepentido pueblo barcelonés sólo sería posible después de esforzarse una y otra vez en recordar y no olvidar.

Más o menos esto era lo que había pedido el empresario Miguel Mateu Pla, alcalde de Barcelona —amigo personal del Caudillo y

⁹ Véase el retrato del personaje en THOMAS, J. M.: *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, L'Esfera dels Llibres, 2008, pp. 25 y ss.

sobrino del cardenal Pla y Deniel—, ante el primer aniversario de la «liberación» de la ciudad. Rogaba a sus conciudadanos que no olvidasen el 26 de enero de 1939: «Mientras los dirigentes rojos abandonaban precipitadamente la ciudad dejando tras de sí el caos, la suciedad y la miseria, en la otra orilla del Llobregat un Ejército disciplinado, fuerte, mil veces heroico, esperaba la orden del Caudillo para subir, palpitante de emoción, a las cumbres de San Pedro Mártir, el Tibidabo y Montjuich, al grito de ¡Barcelona para España!»¹⁰.

Pero Luis de Galinsoga y los suyos no querían dejar sólo en manos de las autoridades las instrucciones que iban a dar a la población sobre qué y cómo había que recordar, qué y de qué manera había que escribir la historia reciente. La «conquista» de la sociedad catalana era una tarea que requería de la participación, evidente, de las más altas jerarquías del Estado y de todo su aparato, pero, también, de los colectivos mediáticos-intelectuales-profesionales locales, fuesen públicos o privados, que se movían al ritmo de la consigna fundamental: «Ha llegado España». Más allá de la censura, la intervención del poder y la propaganda, Galinsoga, *La Vanguardia Espa-*

¹⁰ «¡Barcelona para España! Alocución del alcalde», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1940. El conocido escritor, ensayista y político Paco Candel, residente en las Casas Baratas, un pequeño barrio marginal entre la montaña de Montjuïc y el puerto, recordaba perfectamente la llegada de las tropas franquistas, pero no parece que fuesen «un Ejército disciplinado, fuerte, mil veces heroico»: «Con sus banderas, sus boinas rojas, sus capotes pardos, sus mulos y sus cañones, avanzaban, por aquel tambor del llano, las columnas de Navarra. Por la Diagonal entraron tropas y tanques al mando del general Yagüe. Por San Pedro Mártir y el Tibidabo, los moros (...) Éstos, como al sesgo o de refilón, para no espantar a la ciudadanía. Los de Navarra, unos, echaron por Can Tunis, el Morrot, Colón, el puerto (...) Otros, dejada atrás la estación de mercancías, pasaron por las Casas Baratas, el camino del Port y la montaña de Montjuïc (...) La gente los saludaba y preguntaba si traían comida. Los soldados contestaban: “Por detrás vienen los mulos”. Por delante de las cuevas cruzó una avanzadilla. Se oían disparos hacia el castillo de Montjuïc. Preguntaron por los atajos y caminos. El Popeye les orientó. Su madre, luego, le sopló una hostia por traidor. Pasaron soldados rezagados. Un requeté invitó a fumar al tío limpiabotas. El tío limpiabotas lió el pitillo y preguntó qué tenía que gritar por aquel cigarro. “Lo que usted quiera”, dijo el soldado. El tío limpiabotas gritó: “¡Viva Franco! ¡Arriba España!”» [VILAS CASAS, E., y CANDEL, P.: *Memòries d'un burgès i d'un proletari. De la República al 23-F (1931-1981)*, Barcelona, Columna, 1996, p. 85]. Siempre vale la pena contrastar la memoria real, a ras de suelo, y la memoria oficial, reelaborada y disfrazada a partir del uso indiscriminado de los discursos oficiales; lo que para Paco Candel era una vivencia real, lo más cercano a la historia ocurrida, la Barcelona franquista lo había convertido en un artificio narrativo, una imagen de ficción.

ñola y sus colaboradores indígenas —Fernando Valls Taberner, José M. Millás Vallicrosa, José M. Junoy, José M. Tallada, Juan Ramón Masoliver, etcétera— y foráneos —José M. Pemán, Manuel Machado, Joaquín Arrarás, Eugenio Montes, Melchor Fernández Almagro, Ernesto Giménez Caballero, Francisco de Cossío, etcétera— tenían un objetivo muy claro: intervenir activamente en el despliegue del franquismo en Cataluña, ser participantes de «primera hora» en la compleja tarea de construir un nuevo sistema político, económico, social y cultural en Cataluña, y, a la vez, protagonizar el importante proceso de obligar a reescribir la historia y construir una memoria —ajena a la mayoritaria y socialmente aceptada y legitimada— que llevase el reloj de la historia a enero de 1939, al inicio de una «nueva era», cuando la *Nueva España* llegó a Barcelona: «¡Recordar! No para el odio, ni para el trágala, ni para el rebrote de mutuos recelos virulentos, sino, por el contrario, para extraer del recuerdo aquel estímulo de amor que, entre tantas y tantas otras moralejas, sugiere al ánimo la conmemoración de hoy. Porque el 26 de enero del Año de la Victoria fue el desenlace de todo un ciclo histórico, de todo un proceso de envenenada desintegración nacional que en Cataluña tuvo singular carácter de peripecia inserta en las vicisitudes dramáticas en que prodiga la decadencia española de muchos años y aun de algunos siglos. El Ejército de España, vejado, humillado, escarnecido más que ninguna otra institución de la Patria por el separatismo procaz cuanto por el farisaico separatismo de guante blanco, había de ser digno instrumento de un hado histórico ineludible al llegar en aquel día de que hoy cumple un año, bajo el mando del Caudillo, a Barcelona, para redimirla con gloria y con eficacia de las torturas, de la ruina y de la muerte que le había fulminado a la gran metrópoli precisamente el crimen separatista»¹¹. «El crimen separatista» en sus dos vertientes históricas fundamentales: la izquierdista —«el separatismo procaz»— y la conservadora regionalista —«el separatismo de guante blanco»—; he aquí el punto crucial de la necesaria redención de la ciudad y de sus habitantes en el primer aniversario de la «liberación». Ni los anarquistas, ni las patrullas de control, ni los comunistas, ni las «hordas rojas»; el verdadero culpable era el separatismo. Y la explicación era evidente: la infección separatista había atacado las clases dirigentes catalanas, precisamente aquellas que

¹¹ «Cuando la Unidad se rescató...», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1940.

tenían que haber previsto los peligros que se acumulaban. El hecho de que comunistas y anarquistas quemasen iglesias y asesinaran religiosos y gentes de derechas entraba en la lógica contrarrevolucionaria del proyecto franquista, pero que la gente de orden y burguesa, católica y moderada se hubiese dejado intoxicar por el separatismo —léase, catalanismo— era un error de proporciones catastróficas que exigía una reparación radical.

* * *

Recordando los primeros años de la posguerra, el abogado laboralista Francesc Casares escribía: «*Diuen que el temps ni es toca ni fa olor ni ningú l'ha tastat. Només passa. Però en aquells anys que ara evoco, el temps tenia una textura aspra, com un fregall d'espert, feia olor de lleixiu i d'humitat i tenia un gust insípid de ciment i terra*»¹². Quizá debido a la «*textura aspra*» de aquellos tiempos, Casares no cita la Navidad de 1939 como una ocasión especial en su vida, el recuerdo de una fecha significativa que valía la pena consignar en su memoria personal de la posguerra. Da igual. En la recuperación acelerada del calendario y las festividades a que se dedicaba el franquismo alguien de *La Vanguardia Española* —muy probablemente Luis de Galinsoga, ya que, al menos, el estilo remite a sus textos firmados— decidió que la celebración de la primera Navidad «normal» después de los «años rojos» valía una reflexión extensa e intensa, con una intencionalidad política e ideológica evidente y, seamos claros, una nada disimulada carga de mala leche en relación con los «años republicanos», los «años rojos»¹³. En el texto, después de justificar que se dedicase un artículo de fondo a «reflejar lo imponderable y sutil que se deduce las fiestas tradicionales de estos días», hay un extenso párrafo que lo dice todo, con una sinceridad fuera de toda duda:

«¿Qué ha pasado en Barcelona para que las fiestas de este año hayan sido una explosión insólita de la alegría y de la vida de la ciudad? Ha pasa-

¹² CASARES, F.: *Memòries d'un advocat laboralista (1927-1958)*, Barcelona, La Campana, 2007, p. 299.

¹³ [GASILONGA, L. DE]: «Después de las fiestas. Meditación placentera», *La Vanguardia Española*, 6 de enero de 1940.

do el 26 de enero de 1939. ¿Artificio? No hay fuerza humana capaz de movilizar a fines de propaganda ni a fines de proselitismo una ciudad como Barcelona que ha bullido estos días espontáneamente en su irreprimible regocijo y en su espléndida expansión contenida durante tantos años. ¿Deleite y holgura de clases privilegiadas? Mil veces mentira. Lo está proclamando esa masa inmensa, sana e inequívoca entre la que acabamos de atravesar por la calle de Pelayo y por las Ramblas y por toda Barcelona. ¿No se habló durante tantos años de la popularidad del pueblo? ¿No se perpetraron los crímenes innumerables y se intentó nada menos que el “delenda” de una historia y de una nación con el infame banderín de una suplantación popular? Pues aquí está el pueblo desmintiendo la gran superchería y demostrando que es él, el auténtico, sin clase y sin fisuras y sin compartimientos; pueblo, que es decir nación, que es decir un todo integral de España, alegrándose en la complacencia histórica de su Victoria contra los enemigos suyos, es decir, de España y del pueblo. Y aquí, en Barcelona, de Cataluña además. La ciudad entera se ha fundido en un sólo anhelo de júbilo y en una sola satisfacción limpia, honesta, nobilísima y ejemplar —porque, entre paréntesis, hay que decir que durante estas fiestas en Barcelona no ha habido el menor incidente no ya procaz pero ni incorrecto— para conmemorar no solamente las grandes tradiciones de la familia que son los dogmas de la Religión, sino para festejar espontáneamente, sin estímulo alguno oficial ni oficioso, sin programa, desbordante el corazón, la maravilla de su redención por el Caudillo y por el Ejército y por la juventud gloriosa cuyos sacrificios y heroísmos sublimes han transido el ambiente de estos días triunfales en una silenciosa pero unánimemente acorde evocación del bien que nos trajeron».

¿Qué podía contraponerse al «bien que nos trajeron» el Caudillo y el Ejército con la victoria/«liberación» de 1939? ¿Qué se podía replicar cuando avisaban de que «no nos producimos para papanatas que no tengan ojos y que hayan hecho de la credulidad un abismo poroso a todas las patrañas e hipérboles de una propaganda vacía. Escribimos para los barceloneses que pueden dar fe del espectáculo a que nos referimos. Tan nos parece inútil y extemporáneo, cual la comparación de dos mundos heterogéneos, el parangón entre las fiestas de este año y la máscara de fiestas de los años transcurridos bajo el cautiverio de la República...»? *La Vanguardia Española*, en los artículos firmados por su director o en los que servían como editoriales, siempre utilizaba un tono parecido y unos argumentos que iban adaptando y repitiendo: «el trascendental rescate de Barcelona» y su reintegración «después del oprobio republicano y separatista que la tu-

vieron cautiva, al glorioso destino imprescriptible y unitario de todas las gentes y de todas las tierras de España»¹⁴. Y cuando se elogiaba la nueva temporada del Liceo, el hombre de confianza del conde de Godó —propietario de *La Vanguardia Española*—, Antonio Martínez Tomás, llamado el «Richelieu» de la prensa barcelonesa de posguerra¹⁵, recordaba que no tenía nada que ver con el «simulacro tragicómico que fue en los años rojos». Y lo adornaba con una afirmación contundente y definitiva: «... tal vez en ocasión primera en toda su vida dos veces milenaria, Barcelona ha gozado de sosiego social, de unidad de propósito y de una genuina y sincera hermandad». Siempre habría un antes y un después, un «secuestro» y un «rescate», un «extravío» y una «reintegración». Y esto valía para 1939, pero también para los años posteriores. Como una lluvia incesante, cada día festivo del calendario franquista sería recordado en los mismos parámetros. A un *Nuevo Estado* le correspondía una nueva liturgia oficial, una nueva representación física y temporal del poder, un nuevo modelo de exhibición ideológica. Y todo el nuevo programa se sustentaba en el contraste entre «el abismo de catástrofe material pero, sobre todo, de ruina moral, de indignidad y de ludibrio que representó la República para todo lo español»¹⁶.

* * *

Como una pesadilla, el «goce de la liberación»¹⁷ y la expiación del pasado se fueron repitiendo año tras año. En cada aniversario, como una letanía amenazadora, los periódicos de Barcelona reproducían en lugar destacado la consigna del Generalísimo: «Catalanes, no olvidéis nunca que por la redención de esta querida tierra entregó España su mejor tesoro: ¡la sangre generosa de su juventud!». «No olvidéis nunca...», «Barceloneses: ¡Acordémonos!», eran los titulares de *La Vanguardia Española* del 26 de enero de 1943. Era un imperativo, una

¹⁴ [GASILONGA, L. DE]: «Tono español. Apoteosis de la Victoria en Barcelona», *La Vanguardia Española*, 21 de febrero de 1940.

¹⁵ FABRE, J.: *Periodistes uniformats. Diaris barcelonins dels anys 40: La represa i la repressió*, Barcelona, Diputació de Barcelona-Col·legi de Periodistes, s. a. [1996], p. 78. Antonio Martínez Tomás presidió la Asociación de la Prensa de Barcelona y fue una persona clave en la depuración de los profesionales catalanes en la posguerra.

¹⁶ «Meditación en el aniversario», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1941.

¹⁷ «¡Barcelona para España!...», *op. cit.*

obligación moral, porque las cosas —la gente, sobre todo— no acababan de ir lo suficientemente bien¹⁸:

«Hoy el estado en que Barcelona se halla al conmemorar el cuarto aniversario de su liberación histórica representa, si no una situación insuperable, porque ésta es ciudad de superaciones constantes y porque las circunstancias que envuelven al Mundo no permiten aún cantar la victoria de las plenitudes, sí un ápice de insospechable esplendor en la economía y, sobre todo, de positivas posibilidades en el trabajo, que hace tres, dos o un año no hubiera previsto el ánimo más optimista.

Y ésta es la dación de cuentas, es decir, éste es el balance entre los tres años anteriores y el año presente. Porque el balance entre el abismo insondable de ludibrio y de caos, de hambre bíblica y de crimen infrahumano, que representaban los años rojos y aun su natural antecedente biológico, los años de la República separatista, el contraste entre todo aquello, sima espantosa y dantesca, y la dignidad pública, cuando no el auge positivo de hoy, ése lo ven hasta los ciegos. Pero el otro balance, el de lo logrado aun sin la colaboración de los resentidos, de los desertores, de los derrotistas, de los flacos de acción y más flacos de memoria, y aun contra la negra resistencia pasiva de ellos, ese sí que es necesario que lo proclamemos una y cien veces como el mejor signo de los bienes que trajo a Barcelona la redención histórica. Porque ese sí que hay muchos que no quieren verlo».

«Resentidos», «desertores», «derrotistas» ..., eran acusaciones muy serias sembradas de forma arbitraria en una ciudad que parecía que no acababa de aprender la lección y no respondía de forma positiva a los estímulos de la *Nueva España*. Quizá era la manera como iba desarrollándose la Segunda Guerra Mundial; quizá eran las informaciones confidenciales que se mandaban a Madrid sobre el cansancio de la población porque el fin de la guerra no había representado una mejora de la situación y de las condiciones de vida. Ciertamente, desde las mismas filas franquistas, se reconocía que «aun queda mucho camino por recorrer (...) para la recuperación, en sus diversos aspectos de economía, de industria y de comercio, de la vida física de Barcelona»¹⁹. Pero también era el momento de recordar «el alegre revolver de las flámulas, las marciales notas de los himnos triunfales, los gráciles ondeos de las banderas desplegadas, que hoy hace cinco años

¹⁸ «La victoria con creces», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1943.

¹⁹ «Un objetivo espiritual», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1944.

ungieron rutilante y sonoro el aire de Barcelona, al conjuro de la presencia de aquellos soldados que, descendiendo por las suaves colinas circundantes, trajeron a la ciudad predilecta de España aires y luces de vida para espantar los estertores y las sombras de la muerte». Y como si no hubiesen pasado ya cinco años y quizá porque aún era necesario, otra vez aparecían los viejos argumentos, otra vez se regresaba al principio de todo, a la raíz:

«Barcelona era el objetivo primario de la guerra desde hacía muchos meses, desde hacía años, después de comenzar la guerra misma. Si no lo hubieran señalado como tal las circunstancias históricas —viejas, modernas y contemporáneas— que hacen del Principado insigne pieza sustancial en la ensambladura magnífica de la Unidad, los enemigos de España y de la propia Barcelona —queremos decir la sedición separatista y soviética— lo habrían determinado como punto de mira para los catalejos avizores del Generalísimo y del Estado Mayor...

Hoy hace cinco años que el objetivo se cumplió, con una victoria militar en la que se conjugaron los alientos y las tácticas del ataque con las parsimonias, las prudencias y las cautelas necesarias a la conservación material de cuanto Barcelona representa. Hoy hace cinco años que fue rescatado para esta ciudad su sacrosanto derecho, escarnecido por los aventureros y cursis de la Generalidad, al honor y la eficacia de ser española. Pocas palabras son, en verdad, precisas para evocar el multitudinario respiro de la ciudad salvada. Algunas más serían saludables para insistir sobre la necesidad vital de que Barcelona no olvide nunca la trágica experiencia de su desgracia y el impagable beneficio de su redención».

Había que «insistir» en esta obligación de recordar, porque las gentes del régimen, la Barcelona franquista, eran conscientes de que, a medida que pasaban los años y la guerra mundial tomaba un sesgo nada agradable para la dictadura, el discurso del miedo al pasado, la propaganda sobre el fantasma «rojo-separatista», se iría debilitando y podría hacer perder la cohesión a un colectivo que estaba llamado a sostener el edificio que el franquismo quería levantar.

Ya a principios de 1940 se habían empezado a detectar —aunque fuera en el ámbito estrictamente privado— síntomas de una cierta inquietud ante la «memoria olvidadiza» de la gente. Lo destacable en Cataluña era que esta preocupación por el «olvido» no se daba solamente en los círculos franquistas y públicos. En el ámbito privado de los diarios personales, algunos elementos provenientes del catalanis-

mo conservador político y cultural apuntaron, también, en la misma dirección. Por ejemplo, Raimon d'Abadal i Calderó, veterano político regionalista y antiguo presidente de la Lliga Catalana, escribía: «Els records són un xic apagats. Les dificultats de l'hora, fatals després de quasi tres anys de destruccions i salvatgisme, pesen sobre tothom i són molts els que no recorden prou els sofriments que patiren fins abir va fer un any»²⁰. Y el poeta Josep M. López-Picó —también un catalanista conservador— era todavía más claro: «Que salvades les injustícies individuals, sofrim una merescuda expiació col·lectiva. Que les equivocacions dels actuals dirigents no expliquen ni atenuen la conducta dels responsables i aprofitadors d'una revolució que ens ha envilit i ens ho ha fet perdre tot»²¹.

Pero la sensación de una memoria frágil, de avance del olvido y, por tanto, de ingratitud por los sacrificios hechos por los «liberadores», fue a más en los años siguientes. En el verano de 1941 eran los tradicionalistas catalanes quienes se quejaban: «Pero la memoria es flaca y el egoísmo es duro. Cualquiera cree hoy que tiene ya cumplidos sus deberes y cancelada la cuenta de crédito de los propios holocaustos. Y el negociante, el intelectual y el obrero sienten a veces la impaciencia de una situación material arcádica, para cuyo logro no tendrían inconveniente en hipotecar algunos de los principios conquistados con la Victoria»²². Y tres años más tarde, desde las filas del falangismo más sólido y desencantado —pero no desencantado de aquello que le daba vida y sentido y era su referencia inicial, el fascismo italiano, sino del franquismo puro y duro instalado en la realidad de un duro presente de posguerra; no deben confundirse los términos— se insistiría sobre esta «pérdida de memoria» colectiva. El lamento de Juan Ramón Masoliver era muy sincero y revelaba un desánimo notable²³:

«Luego, el aspecto de la ciudad con los montones de inmundicias en las bocalles; con los paseos destripados y anegadas en carroña las bocas de los

²⁰ ABADAL I CALDERÓ, R. d': *Dietari de guerra, exili i retorn, 1936-1940*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001, p. 393.

²¹ LÓPEZ-PICÓ, J. M.: *Dietari, 1929-1959*, Barcelona, Curial-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, p. 161.

²² «Lección y ejemplo de la juventud», *El Correo Catalán*, 4 de julio de 1941.

²³ MASOLIVER, J. R.: «Conjuro contra el olvido. Días como hoy, hace cinco años», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1944.

refugios; con las gentes escualidas, la falta de fluido, el asalto a los depósitos rojos de víveres y ropas. Sí, amigos, era la Liberación. Luego vinieron los avales, los racionamientos, la libertad paulatina de expresión, las escisiones. Pero aquello era la Liberación, con mayúscula. La memoria es flaca de por sí y hay quien no se acuerda de que en el periodo anterior había perdido hasta treinta y cinco kilogramos de su peso; para no hablar de persecuciones, terrores y cárceles...

Que todos estábamos, el domingo siguiente, oyendo la misa y aclamando al general Álvarez Arenas en la isla de la Plaza de Cataluña. Que fuimos al festival de las Regiones en el "Palau" y allí estaba —con las banderas de España— la "Senyera" y acudimos en masa al magno tédeum de la Exposición y a las sardanas en el Parque...

Todas esas maravillas y cien más (aquellos cortejos interminables, aquella doble ala uniformada desde la Puerta de la Paz al Cinco de Oros, aquel espíritu de compenetración y caridad) que se antojan remotas son de hace cinco años, de hace cuatro y menos. ¿Qué ha pasado entre tanto? El olvido. Olvidado como el asesinato de decenas de miles de personas decentes, como el incendio y pillaje de trescientas iglesias y capillas en la ciudad en el ominoso periodo anterior.

Lo que llamábamos España nacional vino en peso a Barcelona, a comprender. Se repusieron los símbolos, se saneó la economía y curaron las llagas. Se emprendió la reconstrucción —nosotros sabemos cómo quedaron ferrocarriles y carreteras, cómo quedaban las casas de España y los problemas del campo— y hubo que conjugarla con la guerra mundial que estalló de allá a poco. Llovieron las divisas, subió la moneda, se capeó el temporal. Nuestros amigos pilotaban coches cada vez mayores, los escaparates se iban llenando de artículos delicados, de tejidos de todas clases. Pero, de consuno con la prosperidad iba naciendo el mirar torvo, la desconfianza mutua, la tibieza y el tedio».

Habían pasado cinco años desde el fin de la guerra en Barcelona y Masoliver —uno de los nombres principales de la intelectualidad franquista del momento— ya se lamentaba de la memoria «flaca», del «olvido». Quizá era que la ciudad —y sus habitantes, como el conjunto del país— ya no tenía más capacidad de expiación por los pecados del pasado y que se pudiera, a la vez, celebrar «el goce de la liberación». La vida cotidiana era demasiado dura para la mayoría de la población como para esperar un estado de ánimo alegre. La guerra mundial había tomado un rumbo imprevisto para los intereses franquistas; la utopía nazi-fascista estaba al borde del desastre; el fascismo estaba en situación desesperada; los aliadófilos indígenas, siempre de

forma privada y clandestina, celebraban cada paso atrás de los ejércitos alemanes y sus colaboradores. Sólo habían pasado cinco años y, prácticamente, la única consigna movilizadora era una especie de amenaza: «Catalanes: no olvidéis nunca que por la redención de esta querida tierra entregó España su mejor tesoro: la sangre de su juventud».

Un año después, en vísperas del final de la guerra mundial en Europa, un tal Carlos Doménech García no podía esconder la preocupación de la Barcelona franquista: la gente olvidaba, a pesar de que las autoridades, los medios, los hombres de la situación, repetían una y otra vez las mismas consignas. No había curación posible: «... la gente olvida: pasó rápida y veloz la oleada de patriotismo que sacudió a la población liberada; se fue extinguiendo el recuerdo de las penalidades sufridas, de la sangre derramada, de la lucha aún próxima. De nuevo se durmió el espíritu y renació la materia. Otra vez se entregaron en manos de los que tanto mal hacen a España; de los indiferentes, de los timoratos... Se olvidan sagradas deudas y deberes; se llegan a traicionar con la crítica pestilente, el legado de los héroes y de los mártires»²⁴. Probablemente, la ciudad y sus habitantes no estaban en condiciones de darle la espalda a la *Nueva España*, pero era evidente que no había ganas de participar del «goce de la liberación», al menos de manera espontánea. Los vencedores de 1939 —civiles y militares— lo continuarían recordando —ésta era una parte sustancial de su memoria personal y colectiva—; los vencidos, los desengañados y desencantados, los opositores intentarían escaparse de las «sagradas deudas y deberes». Era evidente que, a mediados de los años cuarenta, la *Nueva España* no acababa de tomar forma definitiva, al menos en el calendario y en la memoria de mucha gente.

Construir un discurso para no olvidar la historia: la gente de *Destino* y el pasado (y el presente) republicano (1946-1948)

Inmersos en la misión de «reincorporar» Cataluña a España, o desplegar la *Nueva España* en Cataluña, que era algo muy similar a la idea primigenia del «Ha llegado España», los «nuevos intelectuales» de la situación tenían, entre otras tareas importantes, la de articular

²⁴ DOMÉNECH GARCÍA, C.: «¿Te acuerdas?», *La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1945.

una —o más de una, según el caso— memoria histórica, hacerla hegemónica a partir de unos discursos interpretativos y operativos sobre el pasado que significasen una ruptura con la cultura política dominante en la sociedad catalana de la década de los treinta (básicamente, el republicanismo y el catalanismo, en sus diferentes versiones partidistas, sin olvidar la persistencia del catalanismo conservador). Por una parte, existía la opción de construir un discurso político-histórico puramente españolista —aislacionista, también lo podríamos llamar— de un Galinsoga, por ejemplo, para quien la lectura del pasado sólo podía hacerse con las referencias estrictamente españolas y, aún más, reduccionistas, en esencia franquistas. Pero también había una mirada más compleja y, a la vez, más sugerente. Cuando el mejor periodista-intelectual católico de la Cataluña franquista de posguerra, Manuel Brunet —Romano en las páginas de *Destino*—, llevaba a un mismo terreno de análisis a los republicanos exiliados y al mariscal Tito ponía en evidencia su notable capacidad de análisis: la desgraciada historia de la España contemporánea —venía a decir— y sus hombres estaba vinculada por fuerza a la historia del mundo en que se encontraba insertada. Esto, que podía parecer una obviedad, no lo era en una dictadura donde el discurso nacionalista extremo continuaba defendiendo la originalidad española incontaminada²⁵. En cambio, desde la periferia —geográfica, pero también política—, Brunet sabía vincular la realidad histórica española con el presente internacional. Por ejemplo, explicaba, existía una campaña internacional contra España y Argentina dirigida «a restaurar en nuestro país un régimen de ignominia» que, naturalmente, «es de índole anticatólica y filocomunista»²⁶. A partir de aquí empezaba a relacionar elementos diversos: «El señor Giral no es más que un Kerenski de menor cuantía. Con ese señor Giral estaba este aventurero que se hace llamar mariscal Tito, condenado en su patria por delitos de derecho común y que ahora vive, exactamente, en el Palacio Real y en la villa del prín-

²⁵ Pero no por necesidad debía ser un extremista del franquismo en su versión más fanáticamente españolista; desde la periferia catalana, un personaje como Ignacio Agustí también apostaba por la «excepcionalidad española»: «La guerra civil fue una cuestión netamente española. Su superación y olvido lo son también, y no hay injerencia posible en ese “fenómeno de conciencia” colectivo de los españoles» (AGUSTÍ, I.: «Primavera», *Destino*, núm. 457, 20 de abril de 1946).

²⁶ ROMANO: «Una batalla contra la conspiración del silencio», *Destino*, núm. 476, 31 de agosto de 1946.

cipe Pablo. Los filocomunistas expulsados del Departamento de Estado de Washington saben perfectamente que Tito asesina a los católicos bajo la acusación de fascistas. Pero eso es lo que precisamente les interesa del régimen de Tito y que querrían repetir en España...»²⁷. Con sólo cuatro líneas había puesto en relación a los republicanos exiliados, la actuación política de Tito en el Mediterráneo oriental y el «fenómeno yugoslavo», y la caza de brujas macartista, que ya había empezado en Estados Unidos. Era evidente que cualquier lectura sobre el mundo republicano español —el del presente, de 1946, pero sin perder de vista la experiencia de 1931-1939— debía hacerse en clave internacional tanto como en clave estrictamente española.

Como es evidente, toda la explicación estaba condicionada por el anticomunismo primario que contaminaba los análisis que estos intelectuales hacían de la situación. Pero también es cierto que Brunet —a diferencia de Galinsoga y sus colaboradores habituales en *La Vanguardia Española*— huía de las explicaciones más superficiales, de tipo conspirativo. La referencia a Kerenski iba más allá del nombre: como Kerenski ante el fin del zarismo y la amenaza bolchevique, José Giral —un veterano republicano, seguidor de Manuel Azaña— podía personificar perfectamente «la traición» de las «izquierdas burguesas» de España²⁸; fenómeno no exclusivo de este país, sino también de otros lugares de Europa, como Checoslovaquia²⁹. Aún más, Giral formaba

²⁷ En septiembre de 1945, y en vista de las discusiones que el caso español suscitaba en la recién creada Organización de las Naciones Unidas, se había formado el primer gobierno de la República española en el exilio, encabezado por José Giral, republicano azañista de perfil moderado. Su misión era presentar la alternativa republicana al franquismo como un proyecto factible, moderado y ordenado, del que habrían sido excluidos los elementos más radicales y sospechosos (negrinistas y comunistas, sobre todo). Sin embargo, José Giral, como todos los republicanos, arrastraba la acusación de haber abierto las puertas a la revolución con su gestión política y sus responsabilidades en vísperas de julio de 1936. Como Kerenski en Rusia, Giral fue el «tonto útil» de la revolución de 1936.

²⁸ ROMANO: «Efectos de una propaganda», *Destino*, núm. 539, 6 de diciembre de 1947.

²⁹ Checoslovaquia, tanto antes de 1939 como después de 1945, tiene un papel singular en el imaginario franquista y conservador. Por ejemplo: «El mal que sufría Checoslovaquia viene de lejos. Desde la creación del nuevo Estado checoslovaco, sus hombres-cumbre —el primer presidente, Tomás Garriga Massaryk, y Eduardo Bénéš, el actual presidente— orientaron el país franca y profundamente hacia la izquierda, ese tipo de izquierda burguesa que parece el aliado natural del kerenskismo y de la catás-

parte de «esos “liberales” que fueron el pelotón de los torpes que un día capituló ante los anarquistas y después ante los comunistas»³⁰. Pero el asunto era más amplio y profundo, superaba la figura de Giral y afectaba a las bases del mundo contemporáneo: la catástrofe española se basaba —entre otros elementos— en la traición de sectores burgueses y el trabajo de infiltración comunista, por medio del Frente Popular, y no era un fenómeno estrictamente español, al contrario:

«Después de defendernos victoriosamente contra el más brutal de los terrores, contra el anarquismo, el comunismo y el trotskismo juntos, los españoles hemos sido objeto de toda clase de calumnias por parte de una burguesía que, tanto en Estados Unidos como en Francia, no ha esperado el experimento sangriento para unirse y colocarse en una actitud intransigente. España es el único país de Europa que solo, como San Jorge, aplastó al comunismo, a pesar de la traición de sus izquierdas burguesas. El mundo vive del experimento español. Fuimos nosotros los primeros en hacer el experimento de que el Frente Popular era un explosivo peligroso. La ambición y la presunción de nuestros políticos burgueses de izquierda hízoles creer que eran lícitos e inofensivos todos los pactos con comunistas y anarquistas, desde la alianza electoral hasta la conlevancia y camaradería con los asesinos.

Y las izquierdas burguesas de Francia, sin esperar el experimento sangriento, se han agrupado al lado del general De Gaulle. En virtud de nuestro experimento y de lo que ocurre en los países ocupados por Rusia, las izquierdas burguesas de todo el mundo, a pesar de la comedia a que se entregan en los salones de la ONU, no están dispuestas a fraternizar con los comunistas...

Suponiendo que a los vencedores se nos hubiera tragado la tierra, a las pocas semanas, los soviets se habrían instalado en toda la Península. Los gobiernos de tipo De Gasperi o Ramadier son aquí un imposible físico, por

trofe...» (ROMANO: «Otra vez Checoslovaquia», *Destino*, núm. 552, 6 de marzo de 1948). Se ha tratado con cierto detalle la opinión franquista acerca de Checoslovaquia en los años 1938 y 1939 en el libro de VILANOVA, F.: *El franquismo en guerra. De la destrucción de Checoslovaquia a la batalla de Stalingrado*, Barcelona, Península, 2005.

³⁰ ROMANO: «El libro de Budenz», *Destino*, núm. 547, 3 de enero de 1948. Y no era la primera vez —y no sería la última— que utilizaba la expresión «pelotón de los torpes». Unas semanas antes de este artículo, Brunet ya lo había mencionado: «A Dios gracias, todo permite suponer que los norteamericanos, antes que soportar, como tuvimos que hacerlo en España, los caprichos de comunistas y anarquistas aliados con una burguesía que era una representación típica del pelotón de los torpes, están dispuestos a instalar cuarenta generales en el Poder y un gendarme en cada esquina. Las torpezas de una democracia puritana y miope han resucitado los totalitarismos de tipo hitleriano y bolchevique...» (ROMANO: «Balance de un ensayo comunista en Francia», *Destino*, núm. 541, 20 de diciembre de 1947).

que aquí la meteorología es mucho más violenta. Todo el mundo reconoce esa realidad, aunque la falta de rigor lógico de las izquierdas burguesas de otros países haya hasta ahora jugado con fuego y mantenido respecto a España un punto de vista que indudablemente es tan antiguo como el protestantismo (...) En día no lejano —amplíemos nuestra idea— hasta los franceses deberán reconocer que si nosotros hubiéramos flaqueado, durante estos dos últimos años, ellos no podrían entregarse ahora a la delicia de ser gobernados por M. Ramadier, por M. Blum o por M. Schuman.

(...)

Varias veces hemos dicho que si nos hubiéramos tomado la molestia de informar al mundo sobre el alcance de nuestra guerra, habríamos conseguido desarmar a la propaganda roja. Por fortuna, en los dos últimos años nuestro Ministerio de Asuntos Extranjeros ha superado en eficacia la propaganda roja, que en la actualidad, a pesar de los imponentes cheques de dólares que dedica a personalidades con derecho a voto o que pueden ordenar un voto, es muy inferior a la nuestra.

(...)

Está visto que las ideologías encanalladas no prosperan en Estados Unidos. Además, la burguesía norteamericana no ha traicionado al país por un plato de lentejas de un acta de diputado. La vanidad y la ambición de unos cuatro burgueses de izquierda empeñados en salir del anonimato fue la causa principal de la Guerra Civil española. En el momento en que la burguesía de todo el mundo se niega a colaborar con los comunistas y lleva su puritanismo hasta tal punto que en Estados Unidos los comunistas se convierten en material de encuesta de la Comisión de Vigilancia de Actividades Antiamericanas, es preciso establecer la comparación entre esta actitud y la que adoptaron un día nuestras izquierdas burguesas. Sería imperdonable no meditar esta lección y no ponerla de relieve ante nacionales y extranjeros. Porque la traición de nuestras izquierdas burguesas, su pacto con el comunismo de Stalin y Trotski y con los anarquistas, pueden ser perdonados, pero no olvidados...».

Y si las izquierdas burguesas habían abierto las puertas a la revolución comunista, esto había sido posible porque las derechas cerraron la puerta a la monarquía, desentendiéndose de los problemas del país o, como escribía el muy derechista, monárquico y anticomunista Santiago Nadal, ejerciendo «el eterno encogimiento de hombros del país ante la política», y añadía, más concretamente, mientras «las perezosas derechas (...) se quedaban en casa y se desentendían de la política, unas minorías activas y disciplinadas podían ganar las elecciones en las capitales de provincias. Pero los llamados conservadores no se dieron por aludidos. Y siguieron pensando en su política de tranquilidad que,

como se dice en términos vulgares, “viene de tranca”»³¹. Era evidente que si los conservadores no se aprestaban a defender la monarquía, las izquierdas burguesas, «activas y disciplinadas», lo aprovecharían para ganar las elecciones de abril de 1931.

No era una acusación nueva, ni siquiera original; ya había sido planteada en los años anteriores, aunque buena parte del argumento se centraba en la «derecha catalanista», que había abierto las puertas al separatismo (y antes, incluso, de la proclamación de la República en abril de 1931)³². Sin embargo, permitía, en el complejo panorama de la posguerra europea, ampliar el análisis. Porque de las «izquierdas burguesas» —españolas, pero también francesas— se derivaban otros elementos determinantes para la historia, como, por ejemplo, los «compañeros de trabajo» «del mundo bolchevique y bolchevicante», cuyo activismo «ha perjudicado a todas las causas de honesta libertad en Europa y ha consolidado a todas las dictaduras nacionales. La ambición de mando, la obsesión de implantar en todas partes Gobiernos de Frente Popular con participación comunista, único sistema que permite saciar el apetito del “compañero de viaje”, es lo que mueve a la burguesía roja española y a la burguesía roja de todas partes...»³³. O, dicho de otra manera, los gobiernos europeos de unidad nacional o de concentración, con la presencia comunista, eran experiencias funestas con unos antecedentes trágicos; como se encargaba de recordar, otra vez, Manuel Brunet, España ya hizo «el experimento de una especie de tripartismo. El resultado está a la vista»³⁴.

* * *

A medida que la guerra mundial desembocaba en un final imprevisible y poco deseado para los franquistas y, sobre todo, después de

³¹ NADAL, S.: «Hechos y figuras. El eterno encogimiento de hombros», *Destino*, núm. 548, 7 de febrero de 1948.

³² Los títulos fundamentales sobre los que se sustenta esta hipótesis, a parte de los ya citados de Fernando Valls Taberner y José M. Tallada (véanse las notas 6 y 7), son: NADAL, S.: «Los que siempre se llamaron españoles», *Destino*, núm. 82, 25 de septiembre de 1939; ÍD.: «La burguesía del alma huera», *Destino*, núm. 119, 28 de octubre de 1939; ÍD.: «Unidad espiritual de España», *Destino*, núm. 137, 2 de marzo de 1940, y AGUSTÍ, I.: *Un siglo de Cataluña*, Barcelona, Destino, 1940.

³³ ROMANO: «¡Hasta que llegaron las aguas!», *Destino*, núm. 505, 23 de marzo de 1947.

³⁴ ROMANO: «Sobre el giraldismo», *Destino*, núm. 491, 14 de diciembre de 1946.

la liberación de Francia, el espectro de la República y sus hombres —fuesen republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas o separatistas de cualquier nacionalidad— se hizo más presente, más visible, primero como una posibilidad, como una sorpresa, porque el fantasma había sobrevivido a la derrota de 1939 y a la travesía por el desierto de la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, el fantasma se trocó en sujeto de la memoria histórica que los «diversos franquismos» de la segunda mitad de los años cuarenta alimentaban y elaboraban de forma permanente. Dicho de otra manera, la despiadada crítica política a los republicanos exiliados que se movían por Francia, México o alrededor de la Conferencia de San Francisco derivó necesariamente en una revisión —que implicaba algún tipo de interpretación— político-ideológica —difícilmente histórica o historiográfica— de los antecedentes: la Segunda República y la Guerra Civil.

En esta relativa reaparición —porque nunca había terminado de desaparecer del horizonte franquista en los años anteriores—, el exilio republicano se convirtió en el protagonista de un complejo proceso: su incorporación al relato de una memoria histórica determinada o, si quisiéramos decirlo de otra manera, su conversión de sujetos de noticias periodísticas a protagonistas del discurso político que ayudaría a moldear la memoria histórica de la derecha catalana. Para llevar a cabo esta maniobra compleja —pensada para una sociedad compleja como la catalana— y de este calibre se necesitaba gente de un cierto nivel, intelectuales de una cierta categoría y con ambición pública y social. Precisamente, la necesidad de que fuera gente de este tipo quien llevara a cabo esta operación descartaba a Luis de Galinsoga. Éste no podía competir con un catalán franquista de crédito como era Ignacio Agustí; además de ser un extraño a la sociedad catalana, Galinsoga sólo estaba dispuesto y preparado para la arenga cuartelaria y la consigna demagógica. Y con esto no se construía un discurso, ni se alimentaba una memoria.

Por el contrario, Ignacio Agustí ofrecía una solvencia contrastada. Ensayista, periodista de largo recorrido, fundador y copropietario de *Destino*, novelista de éxito con unos textos literarios de gran ambición política, en la segunda mitad de los años cuarenta tenía muy claro que «la revisión de la Guerra Civil (...) es una utopía, una carta perdida» (para los republicanos, obviamente)³⁵, pero que no tenía que

³⁵ AGUSTÍ, I.: «Ofensivas fallidas», *Destino*, núm. 459, 4 de mayo de 1946.

ser olvidada y, mucho menos, entregada —su lectura, interpretación y memorialización— a los republicanos. Al contrario, contemplando la actividad de los republicanos en aquellos años de posguerra mundial —sobre todo en el año 1946, con José Giral al frente del gobierno republicano en el exilio—, Agustí, como sus compañeros de *Destino*, entendió que era una ocasión única para explicar a sus lectores, no las gestiones que estaban protagonizando los exiliados en Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos, sino el significado profundo de estas gestiones y, lo que era más importante, qué memoria había que elaborar de la República y la guerra que permitiese entender —y aceptar— el presente franquista, algo que implicaba necesariamente la exclusión de los republicanos y sus proyectos.

Agustí ya había empezado a avisar —y a poner la primera piedra de esta memoria franquista— cuando se observaron los primeros movimientos de los republicanos exiliados, en otoño de 1945, ante las recién creadas Naciones Unidas. Era un momento fundamental, en el que se iba a decidir el futuro de la dictadura franquista y, por tanto, la posibilidad de restablecer la república y la democracia en España. Todos eran muy conscientes de lo que se jugaban y, por tanto, había que actuar con determinación e inteligencia.

Aparte de defender la salida monárquica como la mejor, por encima de la «República y el totalitarismo» —en un guiño a los amigos de Estoril, no la defensa de una salida democrática a la dictadura franquista—³⁶, Agustí apuntaba en una dirección muy clara: los republica-

³⁶ Agustí lo explicaría en otra ocasión: «La democracia está al margen de las formas de gobierno. Es, sin embargo, notorio que mientras no hay en el mundo una sola Monarquía totalitaria, subsisten muchas repúblicas totalitarias: la suprema, viva y delicada vigencia de las libertades del hombre encuentra en la forma tradicional monárquica no un dilema perfecto, pero sí, dentro de lo posible, el más apto clima de vida y desarrollo. De la misma manera que ningún demócrata de ningún matiz es capaz de ocultar su recelo ante la perspectiva de un sufragio universal sincero, que no deje nada por revisar —cuya insondable incógnita se resolvería en totalitario o en republicano, en comunista o en monárquico, según cual fuera el peligroso y casual albur de la ruleta—, ninguno es capaz de negar que los logros inmensos de nuestra época —en lo social y en lo económico como en lo moral— pueden canalizarse hoy mejor en la Monarquía que en la República. Y es que hoy, la Monarquía no es sólo consecuencia de la libertad, es también su causa misma» (AGUSTÍ, I.: «Sobre la democracia», *Destino*, núm. 448, 16 de febrero de 1946). En la terminología del conservadurismo catalán actual se podría calificar a Agustí de «luchador por la democracia», como se ha hecho recientemente con su colega de redacción en *Destino*, Santiago Nadal.

nos habían fracasado, eran unos perdedores, pero no sólo en la pasada Guerra Civil, sino también en la posguerra mundial. Los exiliados que se movían por América no encuentran recursos suficientes para «caer sobre la Península»; habían llegado tarde y ya no podían recuperar «el oro disperso en los consejos de administración de las sociedades anónimas y en toda suerte de sociedades y anonimatos. Es tarde para eso, y el espectro de su delito les ha seguido hasta el exilio»³⁷.

Sin embargo, la deslegitimación definitiva del republicanismo y sus acompañantes político-ideológicos vendría por otra vía: el rechazo —Agustí no lo dudaba— de los veintisiete millones de españoles a repetir la aventura republicana; un rechazo que se fundamentaba en los excesos violentos y las irresponsabilidades de los dirigentes republicanos, ya durante los años 1931-1936 y, aún más, a partir de 1936 y hasta el fin de la guerra. Fue en este punto, explicaba Agustí, donde empezó el fin definitivo de la República como realidad política y proyecto ideológico, porque se quedó sin base social: el rechazo a la violencia, a los robos, los saqueos, al racionamiento, etcétera, acabó con cualquier atisbo de apoyo. El inicio de la Segunda Guerra Mundial hizo el resto:

«Sea cual sea el juicio que esa guerra mereciera a cada uno de los españoles, no se puede negar que esa guerra fue siempre una guerra que no pisó nuestras fronteras, tal vez por una especial casualidad³⁸, y esa noción común aglutinaba también insensiblemente a los veintisiete millones de españoles que pueblan España. La soldadura se iba produciendo, y no por razones o elucubraciones de laboratorio, por las ideas o por los conceptos contingentes de la política, sino por la misma inercia de la vida y de la naturaleza, con la misma inexplicable inexorabilidad de las cicatrizaciones. De modo que cuan-

³⁷ AGUSTÍ, I.: «Aglutinantes», *Destino*, núm. 424, 1 de septiembre de 1945.

³⁸ Parece que ya había pasado el tiempo en que se atribuía al Caudillo todos los méritos de la «neutralidad» española durante el conflicto mundial. Seis años antes, en el semanario que dirigía Agustí, alguien había escrito: «... el gobierno, interpretando el unánime sentir del país, ha proclamado y ordenado nuevamente, con oportunidad insuperable, la más completa neutralidad de todos y cada uno de los españoles. Con oportunidad insuperable porque nos recuerda un deber primordial cuando el carácter de los acontecimientos pudiera excitar pasiones impropiedades en algunos sectores. Además, el Decreto ha tenido la virtud de tranquilizar a los espíritus timoratos, demostrándoles lo inflexible de la voluntad de paz de nuestros conductores —poderoso factor de estabilidad en la vida nacional— y ha expresado el unánime deseo del país. Nada tan sinceramente querido por todos como la paz. España entera agradece y aprueba con entusiasmo la nueva orden del Caudillo» («La neutralidad de España», *Destino*, núm. 148, 18 de mayo de 1940).

do sobreviene ahora a la consideración de uno cualquiera de los españoles, del matiz que sea, el eco de la voz del señor Martínez Barrio, del doctor Negrín, de don Mariano Ruiz Funes, del señor Giral, el español de que se trate vive unos momentos de perplejidad como si pasara por su médula el espectro tardío de un desvarío. Además de las arcas del tesoro español cayeron sobre esos personajes dos losas enormes: la distancia y el tiempo».

Fuera, pues, del tiempo histórico, los exiliados empezaban a dejar de ser una alternativa —si es que en algún momento lo llegaron a ser después de 1939— para convertirse en material arqueológico, una pieza de museo que sólo servía para evocar el pasado: «Cien muertos diarios por atentados, huelgas y sabotajes; la “legalidad” al servicio de todo desorden; la excitación a la rebeldía desde el poder; un gobierno que arma al pueblo y al que excita contra el ejército, contra la religión y contra la familia»³⁹. Pero Agustí no se quedaba aquí. Los republicanos habían perdido en 1939. Cualquier intento de recuperación en 1945 o 1946 estaba directamente condenado a no funcionar⁴⁰. Era la misma tesis que defendía su amigo y colega Carlos Sentís, que desde Washington observaba como «la hélice del buque, llamado en el extranjero republicano, está en estos momentos rodando en el aire, en el vacío...»⁴¹. El proyecto republicano, la alternativa a la dictadura franquista, estaba a punto de naufragar definitivamente —para satisfacción, suponemos, de Carlos Sentís—, tanto por la falta de apoyos internacionales —excepto la Unión Soviética, por supuesto, y sus «satélites»⁴², como porque los diez años transcurridos desde el comienzo de la Guerra Civil pesaban como una losa. En palabras de

³⁹ AGUSTÍ, I.: «Razones», *Destino*, núm. 427, 22 de septiembre de 1945.

⁴⁰ AGUSTÍ, I.: «Dictamen», *Destino*, núm. 473, 10 de agosto de 1946.

⁴¹ SENTÍS, C.: «Los países satélites del comunismo y los rojos españoles», *La Vanguardia Española*, 19 de septiembre de 1946.

⁴² «Entre los varios caminos sin salida que se les ofrece a los republicanos españoles, hay uno peor que los otros: el de hermanarse con Bulgaria o Yugoslavia. Si consuman este paso de la línea, la geografía y la política internacional —excelentes hermanas— se convierten en enemigas irreconciliables de todo el equipo republicano español. Están cayendo en la órbita de los pequeños satélites y, a pesar de que el gobierno Giral no ha sido reconocido por Rusia, está pasando el Rubicón, que hoy se llama Danubio, camino magnífico, el mejor, lo reconozco, para ir al Turkestán o al Beluchistán, pero el camino que jamás conducirá a la Península Ibérica. Para eso haría falta: a) que España dejase de ser lo que es; b) una nueva guerra europea; c) que perdiese el mundo occidental entero coaligado contra Rusia» (SENTÍS, C.: «Los países satélites...», *op. cit.*).

Sentís, «en diez años salen nuevas generaciones que desconocen a los antiguos jefes y ya no les tienen ningún respeto. Y si esto es eterno en política, ¿qué sucederá con hombres cuyos apellidos van ligados a una, para todos, tan triste etapa de nuestra Historia?». Y de forma aún más rotunda se expresaba Ignacio Agustí para insistir en el fracaso del presente republicano exiliado y su transformación en un fantasma del pasado:

«Con la eliminación de la República, pues, España suprimió un “cultivo” en el cual el comunismo hubiera siempre encontrado manera y ocasión de vivir, crecer y multiplicarse. De manera que con la terminación de la Guerra Civil, con la victoria militar rotunda de las fuerzas acaudilladas por Franco, se consiguió en España prevenir un peligro que no había de tardar en manifestarse para todo el mundo. Y, por tanto, la liberación de Barcelona, verdadera victoria decisiva para la terminación de la lucha armada en nuestro suelo, representa, vista con la perspectiva que le dan los nueve cargados años que han transcurrido desde entonces, un peso de valor inmenso en la lucha defensiva contra la avalancha soviético-comunista que amenaza el Occidente y al mundo entero»⁴³.

Desde esta perspectiva, amplia, de una cruzada «española» anti-comunista, de valor universal, el proyecto republicano en el exilio ya podía darse por liquidado. Aferrado a la vindicación de los valores universales e intemporales de la Cruzada⁴⁴, Ignacio Agustí repetía,

⁴³ AGUSTÍ, I.: «Nuestra guerra terminó en Barcelona», *Destino*, núm. 546, 24 de enero de 1948.

⁴⁴ Sobre la vigencia de estos valores ya se había manifestado una de las voces más autorizadas para hablar de la Cruzada, la del cardenal Pla y Deniel, al tomar posesión, como titular, de la iglesia de San Pietro in Montorio, en Roma: «No somos retardatarios ante ningún progreso, pero ante un hecho como la Cruzada no podemos desdeñar hoy lo que dijimos ayer. Sabemos muy bien que va tal vez en ello nuestra vida, pero tuvimos entre nuestros obispos uno que fue mártir, no ya sólo de la Cruzada, sino también de aquella carta colectiva que escribió mi ilustre predecesor el cardenal Gomá (...) El último de los doce obispos mártires de nuestra España, el obispo de Teruel, fue mártir no ya sólo de la Cruzada, sino de aquella carta colectiva que habíamos suscrito sabiendo toda nuestra responsabilidad ante la Iglesia y ante la Patria, sabiendo lo que exponíamos luchando por la verdad con la palabra de Dios en un momento difícil para nuestra España, que podía ser convertida en otra Rusia, donde hubiera imperado el comunismo si el esfuerzo valiente de nuestros héroes no hubiese ido acompañado por la sangre de nuestros mártires seculares, sacerdotes o religiosos» («El cardenal Pla y Deniel habla en San Pedro in Montorio: “Ante el mundo que a veces no nos comprende hay que proclamar la voz de la Cruzada”», *La Vanguardia Española*, 28 de febrero de 1946).

con otras palabras, la consigna que había aparecido en Madrid a finales del verano de 1945: «No volverán»⁴⁵. Porque no podía volver aquello que sólo era un espectro del pasado.

* * *

Sin ningún género de duda, como hemos podido leer, la elaboración del discurso memorialístico sobre la República y la guerra —qué había que recordar y cómo se tenía que explicar—, al menos en la experiencia catalana y en su versión más interesante, se cocinó fundamentalmente en los fogones de la revista *Destino*, el principal artefacto político-intelectual de la posguerra catalana —y española—, objeto de numerosos comentarios y críticas tanto en la clandestinidad catalana como entre los exiliados⁴⁶, y plataforma intelectual fundamental para el desarrollo de una opinión catalano-franquista —o conservadora, catalana y afranquista, si queremos ser muy benévolo—, autóctona, original —hasta cierto punto— y alejada de la grosería galinsoganiana y las «cursiladas» y ridículos requiebros literarios de sus colaboradores habituales de las grandes ocasiones.

Con el fracaso del núcleo falangista de *Solidaridad Nacional*, la disolución de *Diario de Barcelona* y el estilo insoportable y los contenidos de Galinsoga y sus camaradas de *La Vanguardia Española*, el lector inteligente del país —que venía en buena parte de haber acumulado experiencia de lectura durante la República— se refugió en el semanario de José Vergés e Ignacio Agustí. Y el semanario respondió con la voluntad de ofrecer a sus lectores unos análisis que fuesen más allá de los tópicos y los españolismos vigentes. Unos análisis que mezclaban, sabiamente, la actualidad internacional —sobre todo, política— y la lecciones de la historia española —la República y la guerra en pri-

⁴⁵ «No volverán», *ABC*, 6 de septiembre de 1945.

⁴⁶ Éste no es el lugar para hacer una historia del semanario catalán más importante del franquismo. Para el período que trata este artículo, la segunda mitad de los años cuarenta, son útiles los textos de CABELLOS, P., y PÉREZ ALLVERDÚ, E.: «*Destino*». *Política de Unidad (1936-1946)*. *Tres aspectes de l'inici d'una transformació obligada*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2007, y MANENT, A., y CREXELL, J.: *Bibliografía catalana: cap a la represa (1944-1946)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1989, pp. 12-47. Y evidentemente, la que se considera la historia más completa, HUERTAS, J. M., y GELI, C.: *Les tres vides de «Destino»*, Barcelona, Diputació de Barcelona-Col·legi de Periodistes, 1990.

mer lugar, pero sin olvidar la Dictadura de Primo de Rivera, por ejemplo, remontándose a Cánovas del Castillo y los inicios de la Restauración, que era vista como un buen modelo para una hipotética transición de la dictadura franquista a una monarquía autoritaria⁴⁷, todo ello tamizado por un anticomunismo feroz, una notable falta de espíritu liberal, un españolismo notable —el anticatalanismo estaba más diluido—, un conservadurismo notorio y un guiño a cierto pasado —los elogios a Francesc Cambó, tras su fallecimiento en abril de 1947; el «descubrimiento» de Joan Maragall como eximio poeta español, etcétera—, que permitiese ganarse a un lector que buscaba algún material de cierta calidad⁴⁸.

En el cruce entre el análisis del mundo contemporáneo y la explicación de lo que había sucedido en el país en los años treinta destacaba un nombre: Manuel Brunet, «Romano». Ignacio Agustí también participaba, y muy activamente, pero se trataba de otra versión del discurso. Brunet representaba el vínculo entre la Cataluña de la Dictadura de Primo de Rivera —desde el periódico republicano-catalanista *La Publicitat*, por ejemplo, los años republicanos, a la versión conservadora y católica del regionalismo mediante *La Veu de Catalunya*— y el presente franquista de los años cuarenta. Había protagonizado —incluso a su pesar— algunas de las críticas más feroces que algunos sectores del antifranquismo habían dedicado a la intelectualidad catalano-franquista⁴⁹, lo que nos lleva a pensar que era un ana-

⁴⁷ Evidentemente, no es ninguna casualidad que, en marzo de 1947, *Destino* y su versión en artes y literatura falangista, *Leonardo*, convocasen el Premio Cánovas del Castillo, dotado con 9.000 pesetas para el primer premio y 6.000 para el segundo. El premio estaba pensado para «ensayos en lengua castellana sobre Cánovas del Castillo y su circunstancia política». El jurado estaba formado por una interesante mezcla de franquistas de sensibilidades diferentes: Juan Ramón Masoliver (fascista-falangista), Ignacio Agustí (franquista ex regionalista y monárquico), Tristán La Rosa (falangista-franquista), Santiago Nadal Gaya (derechista monárquico franquista) y Antonio M. Muntañola Pey (monárquico franquista). El veredicto se adecuó a la época y fue extraordinariamente coherente con la realidad intelectual del momento: Melchor Fernández Almagro, «Iniciación de Cánovas en la vida pública (1845-1854)»; Juan Estelrich, «Cánovas», y premio extraordinario a Esteban P. de las Heras por su artículo inédito «El pensamiento político de Cánovas».

⁴⁸ Sobre la calidad, contenidos, autores, etcétera, del semanario, hay numerosos comentarios y opiniones, pero quedan fuera de este artículo. Para citar un ejemplo, y muy importante, véase SOLER, V.: *El periodisme silenciati. Just Cabot: vida i cartes de l'exili*, Barcelona, A Contravent, 2008.

⁴⁹ Por ejemplo: «El senyor Brunet fa des de les columnes de l'infecte *Destino* una

lista muy valorado y muy leído, tanto por lo que representaba su extensa trayectoria político-profesional, como por el contenido de sus artículos semanales.

Entre noviembre de 1946 y marzo de 1948 —durante año y medio, aproximadamente—, Brunet sólo dedicó ocho artículos a comentar cuestiones relacionadas con la República, la guerra y los exiliados y sus propuestas políticas públicas en los foros internacionales (ante las Naciones Unidas, los gobiernos francés, británico, etcétera). Para un analista que escribía cada semana en *Destino* era una cifra muy baja, pero fue suficiente para fijar el canon interpretativo sobre el pasado republicano. Y, lo que es más, Brunet no tenía ninguna intención de ofrecer su interpretación estrictamente personal sobre unos acontecimientos que había vivido de una manera singular. En absoluto. Lo que ofrecía al lector era la narración histórica de aquello que consideraba que había sucedido *realmente*, de forma unilateral e indiscutible. A partir de su experiencia y memoria histórica personal, Brunet elaboraba una narración de los hechos que trascendía la opinión individual y se convertía en el discurso único posible sobre lo que había sido la República y la guerra.

Tomando como pretexto la realidad más inmediata y los acontecimientos más recientes, Manuel Brunet tenía una extraordinaria capacidad para vincular hechos y nombres con años de diferencia. Era el caso de la Francia de 1946, agitada por numerosas crisis políticas, embarcada en una travesía no se sabía muy bien hacia dónde y donde el fantasma del pasado acechaba en cada esquina política e intelectual. Atento, como siempre, a los movimientos de la cultura francesa, Brunet observaba, con cierta sorpresa, la supervivencia de algunas corrientes católicas anteriores a 1939: «El maritanismo, los hombres del *Temps Present*, los llamados «*dominicains de gauche*», Maritain, Mauriac, Bernanos, Gay y Bidault podrán ser muy importantes, grandes escritores los dos primeros, pero de este grupo no ha salido ni un

llista de crims comesos per l'Alemanya nazi», *Per Catalunya* (órgano del Front Nacional de Catalunya), núm. 19, 25 de marzo de 1946; «"Romano", cronista polític de *Destino*», *La Humanitat* (interior de ERC), núm. 13, agosto de 1946; C. J.: «Classicisme i servilisme», *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials* (republicano-catalanista independiente), núm. 20, octubre de 1946; «Un ben miserable *Destino*», *Germanor* (revista del Centro Catalán de Chile), núm. 515, enero-febrero de 1947, y «Nacional-cristianisme o nacional-cretinisme, senyor Brunet?», *Endavant* (cabecera de los socialistas catalanes), 25 de noviembre de 1947.

político⁵⁰. ¡Triste paradoja la de ciertos hombres, personalmente muy importantes y tan nefastos cuando se lanzan a la vida pública! ¿Es que en Francia se han acabado los políticos y la política han de hacerla los aficionados? Todos esos «*dominicains de gauche*» son, por lo que a España respecta, partidarios de la catástrofe previa. Y no es que lo sean a consecuencia de tal o cual incidente surgido durante la Segunda Guerra Mundial: lo eran ya durante nuestra guerra⁵¹ (...) Es ese grupo el que intoxicó a una gran parte de la opinión católica francesa con respecto a España...»⁵². Era un salto cronológico notable, pero coherente, en la medida que lo que unía 1936 y 1946 continuaba siendo lo mismo: la manera como afrontar el comunismo, primero en España y después en Francia. Y el hilo que vinculaba un escenario y otro eran aquellos «*dominicains de gauche*», que siempre habían mostrado una actitud demasiado ambigua ante cuestiones que exigían una toma de posición clara y precisa.

Pero no siempre Brunet se caracterizó por lo que podríamos llamar honestidad intelectual. Ni él mismo podía considerar cierta la supuesta contestación de José Giral, jefe del gobierno republicano en el exilio, a un periodista que le preguntó qué harían si pudiesen regresar a España: «Pues empezar inmediatamente la segunda guerra civil»⁵³. Aunque la contestación tenía que ser falsa a todas luces, Brunet era capaz de tomar como pretexto la mentira para lanzarse a una extensa disertación, en la que combinaba Stalin y las izquierdas burguesas, la República española y el 6 de Octubre:

«Al mariscal Stalin puede interesarle una revolución giraldina en España, pero le interesa porque facilitaría la revolución comunista. En el fondo de su

⁵⁰ Evidentemente, el hecho de que Georges Bidault fuese, en aquellas fechas, presidente del gobierno francés no invalida el planteamiento de Manuel Brunet: su juicio sobre el personaje se basaba en su proyección como católico de izquierdas en los años de la Guerra Civil española y dirigente democristiano destacado del MRP (Mouvement Républicain Populaire). Véase, a título de ejemplo para la coyuntura a que se refiere Brunet, WINOCK, M.: *La France politique. XIX^e-XX^e siècle*, París, Éditions du Seuil, 1999, pp. 439-440. También FOUILLOUX, E.: *Les chrétiens français entre crisi et libération, 1937-1947*, París, Éditions du Seuil, 1997.

⁵¹ Véanse, para una primera aproximación general, TUSELL, J., y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G.: *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1983, especialmente el segundo capítulo: «Francia: el gran debate».

⁵² ROMANO: «Otra vez el Frente Popular», *Destino*, núm. 488, 23 de noviembre de 1946.

⁵³ ROMANO: «Sobre el giraldismo», *op. cit.*

corazón, Stalin desprecia a todos los giraldinos del Universo. Sabe perfectamente Stalin que la segunda República española se hundió porque no era burguesa ni comunista, porque no tenía ideas claras sobre el orden público. Tres meses después de una revolución giraldina, todos los Giral de España serían perseguidos por la Policía soviética.

La segunda República española cayó porque era confusionaria y anarquizante, porque no tenía ninguna idea sobre la importancia del orden público, porque no era ni burguesa ni comunista, porque sus magnates, cuando no podían organizar un Seis de Octubre, aprovechaban los domingos para hacer mítines subversivos. Tanto el comunista como el más intransigente reaccionario tenían entonces perfectísimo derecho a despreciar al consejero de la Generalidad que en el día del Estatuto pronunció, en la plaza de San Jaime, un discurso absurdo y anarquizante, en el cual eran citados como hombres ilustres de este país Jacinto Verdaguer, Juan Maragall, Ferrer Guardia y Torras y Bages (...) Para ofrecer al pueblo un pan de tan mala calidad es preciso ser un perturbador o, por lo menos, un funesto aficionado a la política. Presentar como hombres ilustres de Cataluña a San Raimundo de Penyafort y a su antítesis, Ferrer y Guardia, equivale a colocar bombas. No es posible volver a este confusionismo, tan típicamente burgués y giraldino, despreciado ayer por los católicos y hoy hasta por los comunistas. El mundo está gravemente enfermo, pero las ideas, a Dios gracias, son hoy mucho más claras. El comunismo —se ha dicho recientemente en la Cámara de los Comunes— ha aplastado al izquierdismo burgués; el liberalismo no puede convivir con un adversario de esta categoría, dispuesto a triunfar por toda clase de procedimientos. La época del giraldismo y los Seis de Octubre ha pasado y, si volviera, su única misión sería devorarnos y hacerse devorar. También en España hicimos el experimento de una especie de tripartismo. El resultado está a la vista. Durante el invierno de 1936, muchos grandes magnates del izquierdismo burgués se habían refugiado ya en Francia y en 1937 se hallaban ya más allá de nuestras fronteras todos los que no querían manchar con sangre sus manos».

Ciertamente, todo el análisis descansaba en la mala fe de Manuel Brunet al tomar como punto de partida unas declaraciones por completo insensatas e increíbles de José Giral. Sin embargo, era suficiente para dejar al descubierto el esqueleto de la operación: la construcción de un discurso sobre la memoria de la República y la guerra no necesariamente tenía que empezar por alguna especie de constatación efectiva de la realidad. La más que probable mentira del inicio del artículo era el pretexto para empezar a elaborar un discurso muy concreto y, reconozcámoslo, muy bien tejido, muy brunetiano. Pero,

para entendernos: estamos hablando de un discurso político sobre una memoria —personal y ya convertida en *tiempo histórico vivido*— muy determinada, que iba más allá del anticomunismo básico del régimen para entrar de lleno en un revisionismo sin concesiones del papel que habría jugado cierto republicanismo burgués catalán de los años treinta.

Es posible que con este tipo de trampas no se pudiera construir una memoria histórica solvente. Sí que se podía rellenar el discurso político que exigían los nuevos tiempos en los primeros compases de la Guerra Fría europea. Por ejemplo, fue casi inevitable que, en algún momento de aquellos años, tocara recordar a Charles Maurras y la gente de *L'Action Française*, aunque hubiesen tenido un papel secundario en la historia de la Guerra Civil española y sus repercusiones internacionales: «Después de la absolución, *L'Action Française* sobrevivió otros seis años. Murió apuñalada por los comunistas, los socialistas y los demócrata-cristianos de M. Bidault, antiguos adversarios de Charles Maurras y de León Daudet. Fue uno de los pocos diarios franceses que defendieron a las derechas españolas durante nuestra guerra, mientras muchos de los que ahora se dicen demócrata-cristianos suspiraban por el triunfo de los rojos»⁵⁴. Y a continuación se presentaba el vínculo entre pasado y presente, aquello que justificaba la presencia constante del fantasma republicano español siete años después de terminada la guerra: «Entre los liberales españoles —y los hay con ideas conservadoras— difícilmente podrá digerirse el recuerdo que frente a la caballeridad de España, que en 1914, reinando Don Alfonso XIII, y en 1940, gobernando el general Franco, no amenazó la frontera del Norte, Francia respondiera en 1936 enviándonos las Brigadas Internacionales. Acaso un día sea visto con toda su incongruencia y gravedad que el demócrata-cristiano M. Bidault prefiriera que en lugar de Francisco Franco nos gobernara don Juan Negrín. Porque es lo cierto que este M. Bidault que no quiere inclinarse ante don Francisco Franco lo haría gozoso —porque esto parece entrar en su estilo— ante don Juan Negrín». Era interesante el juego de combinar diferentes elementos, en el que destacaba el desprecio por la democracia-cristiana francesa —algo parecido pasaba con la italiana, debido al referéndum de junio de 1946, que había significado la caída de la monarquía y en el que la gente de Alcides de Gasperi había tenido un

⁵⁴ ROMANO: «Contestación a una carta», *Destino*, núm. 525, 9 de agosto de 1947.

papel bastante incomprensible, al menos desde la óptica española—⁵⁵, la reivindicación de una derecha francesa perseguida por sus complicidades con Vichy y el ocupante alemán, y el ataque a la moribunda Tercera República que había mandado los brigadistas a luchar a España. Brunet no necesitaba demasiadas líneas para tejer una interpretación del pasado y del presente que consolidara el discurso de una derecha catalana que, en la segunda mitad de los años cuarenta, aceptaba buena parte de la ortodoxia del discurso franquista, aunque con un plus de calidad y profundidad —y algunas variaciones autóctonas— que no se encontrarían en otros lugares intelectuales. Además, era un discurso con vocación hegemónica, con voluntad de ser el dominante para el conjunto de la sociedad catalana, sobre todo entre los sectores más ilustrados. *Destino* se había erigido en el foco principal, que iluminaba intelectualmente a una burguesía refractaria a las groserías galinosogonianas y a las consignas oficiales, que asumía por completo el pago de la factura de la victoria de 1939, pero que en 1948 (en un mundo que ya no tenía nada que ver con el de 1939) exigía algo más de lo que le ofrecía el franquismo puro y duro.

⁵⁵ De hecho, Manuel Brunet calificó a De Gasperi de «sepulturero de la Monarquía» («Italia es una República», *Destino*, núm. 465, 15 de junio de 1946). Para Santiago Nadal, el dirigente demócrata-cristiano era un «frívolo» («El magno error de De Gasperi», *Destino*, núm. 471, 27 de julio de 1946).